

L'usage de tout système électronique ou informatique est interdit dans cette épreuve

Traduire en français le texte ci-dessous.

Terroristas, no víctimas

No dejan de ser sorprendentes las influencias que se ejercen sobre nuestras vidas, incluso desde los más remotos rincones. Mucho ha llovido desde que un amigo mío le exigía a su jefe que no le gritase, pues lo único que podía hacer era despedirle. Cuando mi amigo le hacía esa observación a su jefe, desconocía que los acontecimientos son como las cerezas en una cesta, que están engarzadas unas con otras hasta casi el infinito y es muy difícil sacar únicamente dos de ellas. Verdad es que el insensato de mi compañero tenía veinte o veintidós años y que, a esa edad, en aquellos días, el despido se acababa en sí mismo. Las consecuencias nefastas tardan en aparecer en la vida. De hecho, casi todo lo malo tarda en aparecer: la existencia suele ser compasiva y vivimos dos y hasta tres décadas asentados en la inmortalidad.

Pero un buen día todo cambió. Un loco radical imaginó una matanza terrorista desde alguna montaña de Afganistán y desde entonces eso tiene consecuencias inmediatas en nuestras vidas. ¿La aldea global? ¿La dichosa mariposa que aletea en una isla de la Polinesia y genera una tormenta en el Ártico? A lo mejor, sí, aunque tal vez, no.

En eso pienso mientras en el aeropuerto rebusco en mi equipaje de mano tratando de localizar algún recipiente en el que pudiera haber algún explosivo que hiciera pedazos el avión. Y, mientras una parte de mí maldice esa obsesiva seguridad que declara intolerable cualquier envase mayor de un decilitro, otra está rogando a Dios que a ningún terrorista se le ocurra inventar algún tejido explosivo. De ser así, volaríamos completamente desnudos. Usted y yo somos unos terroristas en potencia y como a tales se nos trata cada vez que queremos entrar en un banco o en un ministerio. Ya no es sólo el despido, querido amigo: un avión que estalla en Nueva York influye sobre nuestras tristes vidas provincianas.

Y, sin embargo. Le decía hace un momento que usted y yo somos, a menudo, tratados como sospechosos pero no tanto como posibles víctimas. Se trata de evitar que matemos, no de que nos maten. Y lo digo porque para llegar a este aeropuerto que me deja en pelotas he podido muy bien coger el metro. ¿Cuántas personas habrá, a las ocho de la mañana, en una estación importante? ¿Cuánta gente viaja en trenes de cercanías como los que volaron el 11 de marzo en Madrid?

¿Por qué, entonces, se cuidan tanto las aeronaves, tanto como para prohibir hasta un litro de agua? Yo creo que es porque un metro, un tren o un autobús no puede llegar a EE UU y un avión, sí. La aldea global, de la que tanto se ha hablado. El mundo es un barrio de EE UU que ha de adoptar las medidas de seguridad que ellos imponen. Al fin y al cabo, nos están gobernando. Y desde aquí, mientras tiro mi litro y medio de agua a la papelera, me siento una especie de inmigrante ilegal, obligado a cumplir las leyes pero sin poder exigir que me protejan.

TOMÁS VAL, El Norte de Castilla, 12/11/06